

## El desgarró<sup>1</sup>

*“Más Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo...”*

*Mateo 27:50-51*

### Introducción

Vivimos desgarrados, es decir, existimos en la rotura o en el rompimiento, pues hay un loco afán, una vida gobernada por el frenesí, que:

Nos aparta de los ideales cívicos y religiosos que en nuestra juventud nos comprometimos a realizar de adultos;

Nos aleja incluso de nuestras familias, parejas, hijas y amigos;

Nos hace experimentar un trabajo agobiador, a veces vacío, que nos dice que de lo que se trata es de “ganarse” la vida, como si alguien le hubiese declarado la guerra;

Nos enfermamos física, psicológica o moralmente pues vivimos “ocupados”, como si de un ejército de “ocupación” se tratase;

Loco afán que:

Nos hace rehuir de la ciudadanía activa, pretextando, no sin fundamento, la evidente corrupción y mediocridad de la política realmente existente, pero racionalizando también una deserción cívica inaceptable; y

Nos aleja, espiritual e incluso corporalmente, de nuestra iglesia; algunos de cuyos miembros no dejan de darnos motivo de escándalo.

Loco afán que a veces nos desgarró el corazón. Entonces, el desgarró.

---

<sup>1</sup> Sergio Micco. Retiro de CVX. Viernes Santo, 2 de abril del 2015. Colegio Villa María.

## I.- La familia como desgarró

Quizás uno de los desgarró más dolorosos que estamos viviendo es la imposibilidad de formar familias plenas, logradas, felices. Muchos de los más viejos no lo lograron; otros tienen miedo en declararlo para no volver a herir a los que dolorosamente se separaron y no logran reconciliarse consigo mismos; los jóvenes temen, no es extraño, intentar asumir un compromiso amoroso para toda la vida. El viernes pasado fui invitado a Osorno por Juan Salazar S.J., estudiante jesuita en formación, y Gabriel Roblero S.J. para reunirme con los jóvenes del San Mateo y con la CVX nacional; contando con la presencia de su Presidente Nacional. Mientras hacía la charla acerca de juventud y política, un estudiante de cuarto medio me preguntó por qué los jóvenes participaban tan poco. Les dije que eso no era raro, pues entre los quince y los treinta años, al decir de Ortega y Gasset, los seres humanos buscamos con ahínco dar adecuada respuesta a dos cuestiones fundamentales para alcanzar la felicidad: ¿Con quién quiero compartir mi vida y qué estudios debo realizar para tener un trabajo gratificante? Es tal la angustia que produce en ellos entrar al despiadado mercado sexual – ese de “¿lo pateo o no” ‘? o ¿Me gusta o no me gusta? – o de ¿cómo me irá en la PSU? ¿Qué quiero estudiar? – que no es extraño que los jóvenes no tengan tiempo para la política ni para la iglesia. Les pregunté, para remachar el punto, por qué iban tanto a la calle Diego Portales, donde se encuentran los pubs más populares de Osorno. Esperaba que me confirmaran que iban a buscar pareja. Grande fue la sorpresa de todos cuando, en medio de esa asamblea de más de cien jóvenes, escuchamos gritos como: “para emborracharnos”, “para borrarnos”, “porque estamos deprimidos”, “para no sentirnos solos, etc. Se produjo un silencio intenso, aunque no tenso, como dijo Juan a una profesora. No supe qué hacer y seguí con la charla. Más tarde me junté con Gabriel Roblero S.J. Este me dijo que en las conversaciones de apoyo siempre salía el tema: los niños estaban solos. El padre ya no estaba; el otro, le era infiel a la madre y todos sabían lo que ocurría; la madre trabajaba tanto que nunca estaba en la casa. Les conté que me había reunido con la directiva del Centro de Alumnos. Eran unos muchachos hermosos en sus sueños. Benjamín, Gonzalo y Ricardo quienes estaban redactando una carta. Por medio de ella protestaban contra el director quien, por fundadas razones de seguridad, había sugerido que el colegio se debía cerrar entre una y media y tres de la tarde; horario para un provinciano almuerzo familiar, el que añoramos todos los adultos aquí presentes. No era raro que los estudiantes protestaran: para muchos de ellos sus confesores hacían las veces de sus padres y el colegio devenía su casa. Ellos no querían que los echaran por segunda vez de su hogar.

La familia, entonces, como desgarró.

## II.- El trabajo como desgarró

Todas íbamos a ser reinas,  
de cuatro reinos sobre el mar:  
Rosalía con Efigenia  
y Lucila con Soledad.

Soledad crio siete hermanos  
y su sangre dejó en su pan,  
y sus ojos quedaron negros  
de no haber visto nunca el mar.

Gabriela Mistral

Marta fue una de mis estudiantes en la Universidad del Trabajador, del curso que impartí titulado pomposamente “Felicidad a prueba de terremotos”. Era marzo del año 2010, el del bicentenario y del 27F. Al final de la clase dedicada a la importancia del trabajo en la Doctrina Social de la Iglesia y en Carlos Marx, se me acercó, confesándome su pesar. Cada vez que partía a trabajar se llenaba de pena. “Me pagan `buena plata`” me dijo orgullosa. Yo pensé para mis adentros que seguramente no era tan buena como la mía. Pero para ella era, al contrario, una victoria: por fin tenía un trabajo fuera de la casa, unos pesos para su autonomía y para sus hijos. Pero Marta estaba deprimida. Me relató que cuando que se subía al Metro en dirección al trabajo se ponía triste y empezada, a veces, a llorar. La razón era dolorosa: debía dejar encerrado a sus tres hijos, pues no tenían padre que los cuidara, abuelos que se encargasen de ellos ni jardín infantil que los acogiera. Un médico le había dado un certificado falso para que mantuviese su “pega” y pudiese estar con sus hijos. Me lo dijo con inquietud. ¿Qué le iba a decir? ¿Darle un sermón sobre probidad médica? La abracé y ella lloró, espero, aliviada. Otra de mis alumnas fue María. Cuando nos tocaba hablar acerca del amor y la felicidad en Sócrates. María nos confesó que había creído en él. Pero ya no era así. Ante todas las presentes nos dijo “Mi marido me golpeaba sin cesar. Hasta que un día, mientras dormía le puse un cuchillo en la garganta. Furiosa le dije, ‘tú puedes pegarme todo lo que quieras, pero nunca más a mis hijos. Te vas de la casa, o, sino, ya sabes’”. El esposo raudamente se marchó. Sabía que María no bromeaba. Tras el relato, se produjo un profundo silencio. Más de una asintió con la cabeza. Como profesor no podría callar. Me aferré a lo que pude y con una voz apenas audible dije: “María, para la próxima vez elige mejor tu pareja y qué bueno que no le hayas hecho mal”. ¿Qué otra cosa podía expresarles? ¿Retarla por haber intentado hacer justicia por mano propia? María ya no creía en el amor y Marta ya no quería trabajar fuera de la casa.

El trabajo, entonces, como desgarró.

### III.- La política como desgarró

Marta y María, Jennifer y Yislein del Santiago de hoy, como Eloísa, Efigenia, Soledad y Lucila del Valle del Elqui del ayer reclamaban su oportunidad, una sola y bendita oportunidad. Yo sabía y ustedes lo saben que probablemente no la tendrán si no mejoramos la política de nuestro hermoso, pero injusto país. Se los dije al final del curso, al hablar de acción política en Hannah Arendt. Pero ellas, como las de ayer que votaron por Carlos Ibáñez del Campo, el ex dictador premunido por una escoba, para horror de Gabriela Mistral, desprecian a los políticos de hoy por mentirosos, flojos y ladrones. Eso les hace mucho mal. En general las mujeres se acercan, tras terminar la sesión de estudio, la reunión social o el acto electoral, diciéndote con vergüenza que tienen un problema “personal”: “Profe” mi marido no me paga la pensión de alimentos, estoy sin pega y no tengo qué llevarle a mis hijos o en el policlínico tratan mal a mis hijos”. Ellas parecen no saber que representan a centenares de miles de mujeres, doblemente oprimidas como pobres y mujeres. Problemas comunes, soluciones públicas. Al final de la penúltima sesión de Felicidad a prueba de terremotos las alumnas me dijeron que no perderían más su voto y buscarían un tiempo para participar. ¿Lo tendrían? No lo creo. En la escuela sindical del mismo Infocap, antes que se suprimiera, apoyábamos a mujeres que lo intentaban como líderes sindicales. Pero tenían una triple jornada: madres dueñas de casa, trabajadoras y dirigentes sindicales. Dormían menos de 5 horas al día. Ellas no tendrían tiempo para luchar por la justicia a través de la política; pero yo y ustedes sí. Debemos hacerlo porque la buena vida, incluso en sus aspectos más íntimos, supone una buena política. Felicidad y política, existencia y poder van de la mano. Debiéramos participar por amor de su Nombre y para ellas: María, Marta, Jennifer y Yislein; pero normalmente no lo hacemos; las razones las sabemos. A la mala fama de la política se suman nuestros mil afanes familiares, amicales, laborales y eclesiales. Así la política termina en manos de “los malos” gracias a la deserción de “los buenos”. La política, entonces, como desgarró.

#### IV.- La Iglesia como desgarró

Mi visita a Osorno coincidió con el nombramiento de Juan Barros como Obispo de la diócesis; la del Fray Francisco Valdés Subercaseaux. Ese que había levantado catedrales y colegios, como el San Mateo, tras el terremoto de 1960, recorrido a pie los campos de la Araucanía, bautizando y celebrando matrimonios o cruzando la cordillera una y otra vez para reconciliar a chilenos y argentinos, pidiendo la mediación papal o erigiendo el Cristo de Tromen, en medio de la cordillera que nos debe unir, no separar. Un hombre, un hombre, recordado como un santo por su comunidad. Hoy, ella está...desgarrada. Los chicos y chicas del San Mateo lo sabían. Una treintena de los 100 estudiantes de los cuartos medios había tomado la decisión de confirmarse. Estaban organizando la ceremonia. El problema surgió cuando se les informó que la tradición era celebrarlo ante el obispo. Unos protestaron aduciendo su pasado; otros, los menos, decían que se le debía obediencia, gustara o no. Por un líder de la CVX secundaria, supe de la decisión final: se confirmarían, pues su confirmación de su fe era ante y para Jesús, que la hacían confiando en su comunidad eclesial; no para ninguna autoridad humana. Me emocionó escucharlo. Mirando a esos jóvenes escandalizamos renace la urgencia de una profunda reforma de la Iglesia. Sin embargo, muchos vacilan. Las resistencias al cambio no sólo vienen, como era de esperar, desde el centro y desde arriba del sistema romano. También desde abajo y desde los márgenes. Muchos laicos temen que las críticas se desborden, las posiciones se polaricen y la emigración interior se precipite en una institución ya debilitada. Por ello unos optan por la *lealtad* a ultranza y adoptan la actitud de una identidad de resistencia, fieramente condenan al mundo que critica a su iglesia. Otros expresan su lealtad pasando a ejercer una feligresía del silencio. Callan, no se pronuncian, concurren sin ánimo al oficio dominical y observan con pena los hechos. Otros, los menos, pues habitan en una institución jerárquica, alzan la *voz*, critican, peros sus palabras son acres, generan desencuentros y algunos terminan optando por la salida. Todo esto lo pude observar en Osorno. En la cripta, un libro abierto de notas una mujer de humilde caligrafía le pedía al Padre Pancho que le diera fuerza a su nuevo Obispo; sacerdotes y diáconos anunciado, por el otro lado, el debilitamiento de sus parroquias; otros habían partido con globos negros a la catedral, siendo parte de los gritos y golpes dentro del templo edificado bajo el mandato del venerable Fray Francisco Valdés Subercaseaux.

La Iglesia, entonces, como desgarró.

## **Palabras finales: el desgarró como vida plena**

En la tarde de ese viernes de alegrías y temores, salí a recorrer el Osorno de mi niñez. Una honda tristeza me empezó a embargar. Estaba conmovido por lo visto, escuchado y sentido en el colegio San Mateo. Una Iglesia, nuestra pequeña Iglesia, sufría. Dos sacerdotes y un aspirante a entrar a la congregación - ¡¡sólo tres hombres consagrados!! – en la tarea de mantener y aumentar la obra ignaciana. A los jóvenes del San Mateo probablemente nos lo vería más. Me habían abierto su corazón, yo los había acogido, pero me iría al día siguiente. Me perturbaba el sentimiento de crear una esperanza que no podría sostener siquiera 24 horas. En los quioscos de las esquinas que daban a la Plaza de Armas un diario mostraba a Monseñor Chomalí con el Papa. El titular decía: “El caso Karadima sigue doliendo a la Iglesia”. Por una llamada telefónica supe de los rumores en Santiago que indicaban la existencia de más de una cuarentena de políticos involucrados en el escándalo de las facturas y boletas falsas. Todo empeoró cuando recordé lo lejos que estaba de mis tareas académicas o de la muy laica Universidad de Chile donde laboro, me atacó la culpa: “¿Qué estás haciendo de predicador cívico-católico a mil kilómetros de distancia de tu casa de estudios?” El golpe final fue al recordar a mis hijos y esposa, a quienes no veía desde hacía dos días. Estaba triste. Sé que muchas veces ustedes, tras concluir sus tareas en CVX o terminar de realizar una acción social, pensando en el sacrificio familiar involucrado, dudan de la eficacia de lo que están haciendo con sus vidas y viene la pena. La desesperanza muerde aún más fuerte cuando vemos lo que ocurre con nuestra democracia y en nuestra iglesia. ¿Me equivoco? Siendo las cinco de la tarde de ese viernes de personal y ridículo calvario sonó el celular. Era Poroncho quien, a nombre de la CVX, Ricardo Carbone mediante, insistía que participase con ustedes en este retiro. ¡¡Quería que le hablase de los quiebres en nuestras vidas!! Me contó que no había podido llamarme antes, pues estaba acompañando a una niña que había intentado suicidarse por enésima vez. ¿Qué alternativa de respuesta tenía? Ninguna. Poroncho y Ricardo lo sabían. Desgarrado le dije que sí y aquí estoy.

El velo del Templo, se que se desgarró al morir Jesús en cruz, separaba a los seres humanos pecadores y sólo el sumo sacerdote podía cruzarlo una vez al año, para hacer expiación por los pecados de Israel. Flavio Josefo, el historiador judío de la época de la destrucción del Templo a manos de Tito, escribió que el velo tenía 18 metros de alto y diez centímetros de espesor. El que se haya desgarrado nos recuerda que con el sacrificio de Jesús todos los hombres y mujeres pueden traspasar todo obstáculo y alcanzar el reino de los cielos.

Una vida desgarrada es la puerta que nos abre el camino a Jesús.

Muchas gracias

**Sergio Micco Aguayo.**

## Lectura sugerida

*Prosiguiendo ellos su camino, él entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa. Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual se sentó a los pies del Señor y escuchaba su palabra. Pero Marta estaba preocupada con muchos quehaceres, y acercándose dijo: --Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado servir sola? Dile, pues, que me ayude. Pero respondiendo el Señor le dijo: --Marta, Marta, te afanas y te preocupas por muchas cosas. Pero una sola cosa es necesaria. Pues María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.*

*Lucas 10, 38-42*